

Yuri Mamleev

La Rata

(traducción de Tatiana Bubnova)

Un risueño día de verano salí a la calle, desgarrado como siempre por dos afectos contrarios, pero habituales para mí: delirio sexual y deseo de emborracharme. Después de cavilar larga y penosamente, preferí el último y me metí en la sucia y algo demencial cervecería de la esquina. Me senté frente a una mesita y eché un vistazo al entorno. En una danza ebria, alrededor de mí oscilaban las redondas y rojas jetas de la gente; uno cabeceaba, otro escupía, algunos más cantaban, mientras otros se susurraban al oído. En medio navegaban las meseras parecidas a unos cisnes obesos: jugosas, apetitosas a más no poder, un poco pensativas. Sus cuerpos succulentos, cuya blancura brotaba de los vestidos en forma de cuellos y caras, se antojaban impregnados de cerveza, de estafa, y de lenta y prolongada lujuria.

Tuve un irresistible deseo de darle a una de ellas un mordisco en la barriga. Lo único que me salvó fue el sonido del vodka vertido en un vaso, que se oía a mi lado, sonido que inmediatamente me puso de un humor mucho más sublime. A mi lado se paró un fulano gordo y harapiento, con un vaso de alcohol en la mano. Bebía de a poquito, a sorbos pequeños, pero después de cada porción se ponía a reír con una risa larga y como del más allá, con cara de haber engañado al mundo entero.

—¿Qué es más fuerte, el vodka o la muerte? —me interpeló con la mirada.

Proferí un hipo y me puse a pensar.

—Sabe usted, tengo cirrosis del hígado —me volvió a espetar—. Cada vaso de vodka acorta mi vida 3 o 4 veces... Pero sigo bebiendo porque, mientras estoy borracho, la muerte no existe, sólo el bienestar... Por ende, ¡el vodka es más fuerte que la muerte!

Alrededor se oía un sordo e intermitente rumor. Los parroquianos, mirando solapadamente a los otros o a las paredes, sacaban de los grasientos bolsillos las botellas de vodka de a cuarto o de a medio litro.

El vodka que se vertía en los vasos producía el ruido de una buena y potente catarata. En este momento él entró en la cervecería, todo tierno, como un angelito. Quién sabe por qué, lo primero que hizo fue dirigirse a mí y ocupar el lugar que quedaba libre (la pequeña mesa era para dos). “Él” era un joven esbelto y flaco con una cara desfigurada por una mueca neurótica y a la vez extraordinariamente sucia, manchada. Sus pequeñas manos, débiles y femeninas, asomaban de unas mangas rotas y mugrientas.

—¡Tengo miedo! —exprimió desde su interior.

Lo miré y llené un vaso de vodka.

—¿Y quién lo asustó de esta manera? —le pregunté con voz baja y me acaricié una pierna.

—Dígame, ¿es usted cristiano? —me preguntó.

—Sí, lo soy, ¿y qué? —dije sorprendido.

—Por fin, por fin —reía casi llorando él—. Porque ya me producen náusea los ateos. Además, a estas criaturas cobardes les llego a acorralar muy fácilmente con mis ideas, de modo que se ponen a trepar por las paredes... Mientras que usted es, en todo caso, un contrincante más serio.

—¿Y qué fue, de todas maneras, lo que lo ha asustado a usted?

Me miró con ojos enloquecidos, me llamó con un dedo y me dijo al oído:

—Hace mucho tiempo que estoy pensando sólo en el más allá... Me atormenta si se trata de la eternidad o de la nada...

Suelo tener visiones... Y, ¿sabe a qué conclusión he llegado?

—me echó su aliento y se volteó a ver a su alrededor. Su cara de repente ya no se veía femenilmente distorsionada, sino hosca, monstruosamente hirsuta y ceñuda, como la de un anciano—.

—La eternidad o la nada, ambas son igualmente pesadillescas. Estamos encerrados en una jaula.

—¿Por qué? —vociferé yo.

—El que la nada sea una pesadilla es comprensible. ¿Pero acaso sabe usted qué cosa es la eternidad, una verdadera eternidad, no inventada?! Es algo que puede volver loco a uno.

¿Y qué hay de la realidad, de aquella realidad suprema?! No importan las transiciones, las reencarnaciones, ni otros estados: lo principal es que se trata del camino hacia la oscuridad absoluta... Y los sufrimientos... sufrimientos... monstruosos sufrimientos...

Y siempre es posible perecer para siempre, abandonar el juego... ¡¡Para qué, para qué!!? ...No se trata del cristianismo, ni del maniqueísmo... No es un mezquino satanismo, porque siempre se trata de la protesta en contra de la luz, una reacción, un quijotismo...

Sino que simplemente ¡no hay luz! ¡La luz no existe!! ¡De esto se trata!!... sólo la oscuridad, las tinieblas absolutas... ¡¡Las tinieblas!!!

—Pero ¡cómo se atreve usted! —grité casi y estuve a punto de echarle vodka en la cara.

—¡Chitón! —se rió de repente y volvió a mirar alrededor, pero ya más bien hacia el cielo raso—. ¿Sabe usted qué fue lo que descubrí?: que Dios no existe, sino que el mundo fue creado por una Rata, una enorme Rata. Una Rata trascendente, repugnante y achacosa, vengativa, dada a perversiones sexuales, alucinaciones, delirio, con un carácter difícil, pesadillesco.

—No puede ser —me asusté.

—¿Y por qué no puede ser? —se sonrió él—. Tuve una revelación... Pero, ¿acaso usted mismo no lo ve? El mundo es un monstruoso taller experimental para la rata, para el mal... Mire la raíz del asunto: el mundo, ¿para qué ha sido creado? ¿Para el bien o para el mal? —Al decir esto, de repente, saltó voluptuosamente sobre su silla, derramó el vinagre, sus ojillos se encendieron y, todo tembloroso de risillas e impaciencia, me jaló de la corbata.— Mire usted: hay un detalle sumamente fino y convincente. El bien se encuentra en el mundo justamente en la proporción necesaria para que existan el mal y la muerte... La vida no es sino materia prima para el mal y el sadismo (se puso a reír hasta el punto de casi dar con la cara en el plato). Pero piénselo usted mismo: la muerte del cien por ciento, el mal del cien por ciento carecen de sentido, porque entonces un buen día no habrá quien muera, ni nadie a quien atormentar. Y por el contrario, la proporción del bien en nuestro mundo es justa (aquí volvió a aullar) para la peor tortura patológica, para la Rata... En la vida hay tanto bien cuanto necesita su pequeña alma de rata, para poder atormentar... Es el mundo óptimo para el mal y para la Rata...

Él respiraba dificultosamente, sus labios temblaban, por su cara chorreaba el sudor. Sentí pavor...

—Durante miles de años —volvió a aullar— la gente ha considerado que el mundo fue creado por Dios, bueno y todopoderoso, e inventaba unas explicaciones artificiosas y desesperadas acerca del triunfo del mal sobre la tierra, pero a nadie se le ocurría que el mundo no hubiese sido creado por Dios, sino por la Rata, una Rata malvada y paranoide, y hubiese sido creado justamente para que ella tuviese a quien atormentar... Durante las noches observo el cielo límpido y estrellado, y en el caos de las galaxias veo su enorme y patológica proyección... La Rata... Sus contornos finos, dementes como el polvo estelar, y repugnantes... Su sombra siempre está con nosotros: en el movimiento de la hierba, en el ruido del viento,

en las contorsiones mortales, en nuestra alma... ¿Usted cree que tendremos un fin del mundo? ¡Tonterías! Porque la rata no querrá perder a quien torturar... Tal vez ella misma ya esté harta de todo esto, y escupe coágulos de su maldad de rata, pero no puede suspender el tormento, como no puede terminar un libertino agotado y demente... Usted habrá notado con qué facilidad el hombre se inclina por la esperanza, y justamente en las situaciones más desesperadas. La causa es que la Rata introdujo en el alma humana un sentimiento tonto, y que jamás se justifica, para que cada uno de los hombres no se vaya a morir de inmediato, sino lentamente, por partes, con esperanza, para no gastar de una vez todo el material: ¡qué economía! Eche un vistazo a este tipo —éste, éste, el de la jeta—: él ha llegado aquí todo lúgubre, que parecía cadáver, pero ahora que tomó una copa se llenó de alegría. Lo poco que el hombre necesita... Para ser feliz... ¡Ja! También esto ha sido previsto... Porque si no existiera la posibilidad de un cambio de cables semejante, muy propio de los burros, todo el mundo ya se habría ahorcado... Belleza, naturaleza... También esto ha sido previsto (diciendo esto soltó una risita): un suave viento primaveral, las montañas envueltas en neblina, el lejano rumor del mar... Todo esto hace falta para que el hombre se apegue más a su condenada vida y abra un mayor espacio a la fantasía sádica de la Rata...

Yo estaba ensordecido. Desde una dimensión desconocida me miraba el morro obtuso y absurdo de la Rata.

Él se reía, volando en lo alto:

—Incluso los sabios más grandes aprendían cómo conciliar la idea de un Dios todopoderoso y sabio con la idea de su bondad... Usted mismo sabe cuántas explicaciones raquíticas y enclenques han salido a la luz: da incluso pena darles nombre de hipótesis... Pero nadie ha aceptado la cruz de unir en una misma idea al Creador y al mal.

Me miró con orgullo.

—Mi descubrimiento es extremadamente simple. Como cualquier grandeza, es incluso un poco imbécil... Soy capaz de explicar por qué en el mundo existe el bien, mientras que usted no puede explicar por qué existe el mal.

Finalmente, pude concentrar mis pensamientos, tomé aire y dije:

—Le concedo que todas las teodiceas son muy débiles... Pero le pondré como ejemplo una: la idea de que el mal es necesario para poner a prueba, para que el Bien exista como su contrario. Es una teoría opuesta a la de usted. El mal hace falta para hacer destacar al bien. Demuéstreme lo contrario.

Él soltó una risilla mezquina:

—Admito que usted no es tonto. Pero todo esto no sirve. Y le voy a decir por qué. —Él pinchó y deglutió una pequeña papa que estaba en mi plato y volvió a jalarme de la corbata—. —Escúcheme. Entonces, ¿para qué a su Dios, omnipotente y bueno, le hizo falta una cantidad tan pesadillesca y patológica del mal para hacer destacar el bien? Por ejemplo, hace poco en nuestro edificio las ratas —no la Rata Universal, sino las ratas comunes, inmanentes— devoraron vivo a un niño de tres años. Este truco, ¿acaso hizo falta para que el bien se vea mejor? Sobre todo si se tiene el bien por objetivo, por una realidad constante, según su Creador. Además, el bien podría notarse mejor sobre el fondo de un bien más pequeño. Por ejemplo, usted posee una casa, pero además usted quiere ser moralmente perfecto: en este caso, un bien menor hace destacar uno más grande... Mientras que el mal es la negación de algo, por ende debe existir algo positivo, como material para los tormentos, y no simplemente como una suerte de negación menor... Así pues, la correlación del bien y del mal en el mundo es tal que, si la ha creado Dios, entonces él o bien no es bueno, o bien carece de fuerza, es decir, en cualquier caso ya no es Dios. Pero si el mundo ha sido creado por la Rata, entonces todo queda en su lugar, porque la introducción en el

mundo de un mal aún mayor del que ya existe destruiría la vida, o sea, el material. En cambio, ahora todo está en su justa medida. Resulta que la Rata es tan todopoderosa como maligna. Un perfecto equilibrio de los atributos (volvió a soltar la risilla): el más allá está por supuesto también bajo la gestión de la Rata, puesto que todo aquello que ahí se encuentra concebido como bien, como retribución por los absurdos sufrimientos de acá, muy probablemente no sea sino buenos deseos, un chillido infantil; y, si existe, no es sino una utopía, un sueño dorado, las ensoñaciones de alguien perdido, una especie de decentes funerales de ultratumba. Pero la esencia es la tiniebla, una eterna tiniebla.

Quedé totalmente aterrado. Ya no distinguía ni las jetas masticando, que para mí se convirtieron en una sola pesadilla brumosa, ni los traseros voluminosos y oscilantes de las meseras. Él se quedó callado, sonrió, y de repente se puso a acariciar muy despacio y suavemente mis manitas.

—Eres bondadoso —dijo mirándome.

—Fíjese nada más —siguió enternecido— en qué antinomias psicópatas, siniestras y retorcidas ha caído la razón humana... Pero luego será peor... No es el siglo diecinueve, no es Dostoievski, ni las lágrimas de una criatura atormentada hasta la muerte. ¡Nada más recuerde el asesinato en masa de las almas humanas!...

—¿Y qué me dice del progreso espiritual? —recordé de repente y vociferé al volcar el jarro con agua—. ¿Y qué hay del progreso espiritual? ¿Del arte, de la vida subjetiva?

Él hasta dio un saltito de gusto en su asiento. Se fue corriendo al excusado, riéndose, frotándose las manos. Dos minutos después regresó, aliviado.

—Casi me mata usted de la risa —se disculpó—. ¿Acaso usted entiende de qué se trata el progreso espiritual, el arte, la vida subjetiva? ¿No se ha fijado alguna vez en los ojos de un perro atropellado en la calle por un automóvil, pero aún vivo?

Alguna vez eche un vistazo, agáchese despacio y con toda su pequeña alma viva usted mismo a través de su última mirada, totalmente humana... No tema, no lo va a morder... Sólo que no le dé de beber. Las visiones libres y fantásticas de un perro aplastado: de esto se trata el progreso espiritual, el arte, la vida subjetiva... Una reacción simple, inadecuada, histérica del hombre ante sufrimientos insoportables, por siempre incomprendibles: ésta es la vida del espíritu. Una lágrima miserable, resignada, en los ojos de un perro atropellado. Observe usted el simbolismo de este nudo, en que se entretrejen simultáneamente las grandes revelaciones espirituales y el sufrimiento más miserable e indigno. Pero fuera de los sufrimientos no existe tampoco la famosa vida espiritual, sino la pura animalidad y la desesperación.

—¿Y los placeres, qué hay de los placeres? —pregunté yo de repente y hasta me puse rojo de la confusión.

Dejó pasar sin comentario mi chiste, pero de todos modos contó un caso de la vida real.

—Durante la guerra mi padre estuvo en el ejército —sonrió él—. Una mañana estuvo junto a un bosquecillo donde alguien estaba ahorcando a alguien; ya no recuerdo quién a quién. Ya había muchos ahorcados: todos como unas gigantescas hojas prehistóricas que se columpiaban en los árboles rumorosos. Mi padre se acercó a ver cómo colgaban al último. Lo ahorcaron en un dos por tres, y de repente, sobre el cuerpo muerto, con los ojos ya opacados, se movió de un modo repugnante el miembro común y corriente, y unas menudas, míseras y marasmáticas gotas de esperma, como lágrimas de resignación, cayeron de su interior sobre la tierra seca y árida.

Mi interlocutor se puso de pie.

—¡Vaya con ustedes los creyentes! —en eso, mi interlocutor escupió en mi vaso con vodka.

Me paré de un salto. Pero tuve ganas de servirle en algo.

—Si desea, le ayudo a ponerse el abrigo —dije absurdamente.

Arrogante, me midió con la mirada y se dirigió hacia la salida. Lo seguí solícitamente, corriendo tras él con pasitos pequeños.

—¿Qué es lo que le produce tanta alegría? —le grité yo con una voz locamente ausente—. Todo esto también se refiere a usted.

—Ya sé, ya sé —gritó él con voz chillante—. Pero en cambio yo fui quien descubrió todo esto. Algún día me van a edificar un monumento. No importa que sea Rata, de todas maneras se trata de una divinidad.

Durante la noche, al verme en un estado no sé si de ultratumba o esquizofrénico, me vi en el futuro. Unos cien años después, yo me encontraba en la mismísima capital de toda la humanidad.

Por encima de la ciudad, en una extensa plaza, se elevaba un gigantesco obelisco cuya cima llegaba hasta las nubes. Casi no había gente.

El obelisco se combinaba con una figura humana esculpida en piedra. Lo reconocí en seguida. Unas letras doradas al pie del monumento rezaban: “Al descubridor de la Rata. La humanidad iluminada y agradecida no lo olvidará”.